

NUMERO 86.

Clamores de la América y recurso á María Santísima de Guadalupe en las presentes calamidades.—Desengaño de falsas imposturas.

Clamores de la América y recurso á la protección de María Santísima de Guadalupe en las presentes calamidades por D. Sejo Amira de Narte.

Si en un año de continuas tribulaciones puede tener lugar la queja; ya es tiempo de que resuene el eco de mi voz, por todo el ámbito del orbe y entre dolorosos ayes y suspiros eleve á las esferas mis clamores, preguntando á vosotros hijos míos americanos ¿qué guerra es esta? ¿quien ha podido transformar para sostenerla, vuestra indole afable, vuestro carácter sensible en corazones mas duros que una roca, á la vista de las horrorosas consecuencias que ha producido?

Recorred en vuestra memoria el estado en que os hallabais el dia 15 de septiembre del año anterior de 1810, vispera del que fué principio de la mas funesta rebelion, nacida en el pueblo de Dolores y que ha extendido en todo mi reyno sus lastimosas resultas. No recordareis otra cosa, que haber visto abundantes provisiones de sazonados frutos de mis fértiles campiñas: continua produccion de mis entrañas que en oro y plata, ponía en vuestras manos la riqueza de mis minerales: competentes fábricas y talleres que ministraban ocupacion y subsistencia á vuestras familias: comercio, industria y arbitrios, que desbiaban de entre vosotros el horroroso aspecto de la indigencia: socorros, protecciones, auxilios, manos liberales, que acudian á vuestras necesidades en el infortunio, en la calamidad, en las miserias, á que os acercaban las de la humana naturaleza, y por consecuencia de todo esto alegría, tran-

quilidad, contento, paz y quantas prosperidades produce un estado tan feliz.

Volved ahora los ojos á toda la extension que forma mi dilatado reyno, y si las lágrimas que á los primeros objetos que registreis os permiten continuar el exámen de mi situacion; el dolor que traspase vuestros corazones, os debilitará las fuerzas para poder hacerlos cargo completamente de mis desgracias; pero entre tanto que mantengais espíritu para ello, transportaos al monte de las Cruces, á los campos de Aculco, á las montuosas sierras de Guanaxuato, al puente de Calderon, á las calles y plazas de Valladolid, á las cañadas de Zitáquaro, á cada ciudad, villa, pueblo, hacienda, rancho, obrage y hasta al caserío mas miserable; entrad á las habitaciones que lo fueron de vuestros parientes, de vuestros amigos, de vuestros compatriotas, de vuestros conciudadanos y de vuestros liberales protectores.

¿Que hallais en todos y cada uno de estos recintos? El dolor ahoga vuestras voces, y apenas podeis articular en debiles acentos la narracion de quanto estais mirando. Mis espaciosos campos, los veis cubiertos de cadáveres á millares, formando rios la sangre derramada de vuestros hermanos, de quienes á los unos, cubre la infamia de haber empuñado las armas en apoyo de la mas negra ingratitud, y de la exêcracion mas abominable, al paso que á los otros llena de gloria sus helados miembros el sacrificio de sus vidas en defensa de los deberes mas sagrados de la religion, de la patria y del rey, haciendose acreedores á eternizar sus nombres en el templo de la inmortalidad; pero al mismo tiempo aumentando el

dolor, la consideracion de que su propia heroicidad hace mas lamentable á la patria la pérdida de tan ilustres beneméritos defensores.

¿A donde encontráis ahora aquellos graneros provistos de abundantes semillas para vuestra subsistencia? ¿Que se han hecho esos materiales de riquezas en preciosos metales? Los talleres, las fábricas, el giro de numerario, y tantos diversos arbitrios con que alimentabais vuestras familias, ¿donde existen? ¡ah! que no ha quedado de todo esto sino un horroroso espectáculo, que qual otra Troya presenta en sus ruinas á la imaginacion menos reflexiva la dolorosa memoria de que el saqueo, el robo, el fuego y todo género de tirania, exercitada con la mas inaudita impiedad por vuestros mismos compatriotas, ha transformado el pais de las delicias y de la felicidad, en el de la desolacion y miserias.

Pues todavia no es tanto cúmulo de males los únicos que deben exáminarse y llorarse; ocultan otros esos magníficos edificios, y esas humildes chozas; entrad en los unos y las otras, y hallareis nuevos motivos, que con violentas palpitations agiten vuestro corazon, y si en el ha quedado algun pequeño sentimiento de humanidad os obligue á detestar el origen de tantas desgracias.

Escuchad antes de introducirlos en esas tristes moradas los clamores que resuenan en ellas: oid á la viuda traspasada de angustia, lamentandose por la falta de su consorte, que á su propia vista fué victima de la ferocidad y barbarie, ó á quien la seducccion engañosa, ó los deberes del honor en el cumplimiento de su obligacion separó de entre los vivos: atended los doloridos ayes de unos huérfanos inocentes, que elevan hasta el cielo, en voces todavia balbucientes, la insinuacion de la pena que aflige sus tiernos corazones por la falta de un padre en quien tenian cifradas todas las delicias de un cariño, como único objeto á que la naturaleza y el frecuente amoroso trato se los habia inspirado: no parece que han quedado estampadas en su memoria otras expresiones que: ya no tenemos padre, murió en la revolucion de esta ciudad, pereció en la batalla de las Cruces, perdió la vida en la reconquista de

Guanaxuato... y de este modo contemplad aquel corto recinto, que poco tiempo antes era la mansion del placer de una numerosa familia, convertido en teatro de dolor.

Si todavia conservais aliento, entrad á registrar con la vista los objetos que presenta esa habitacion, á cuyos umbrales habeis llegado con trémulos pasos. Reconoced en esa desamparada viuda los sentimientos de la naturaleza al considerarse madre de los pequeños retoños, fruto de una dulce y casta union que la rodean: ved en el rostro de cada uno de quantos forman este doloroso quadro, pintados con vivísimos colores la pena mas amarga, el sentimiento mas acerbo, por la inesperada pérdida del único que ministraba el sustento de todos, del que cubria sus carnes, del que cuidaba de la educacion moral y política de esos delicados bástagos, para que con el tiempo se convirtieran en exemplares ministros del santuario, en virgenes consagradas á Dios en los claustros, en depósito de las ciencias, en defensores de la fé, alistados baxo las banderas de la milicia, en honrados ciudadanos, labradores infatigables, comerciantes industrioses, y aplicados jornaleros, para mantener entre todos el orden de la sociedad, y las fuerzas del estado.

¿Quien podrá fomentarlos, alimentarlos y sostenerlos ahora en su infancia? ¿Quien educarlos y protegerlos en su juventud? Y ¿en que podrá librar la patria unas lisongeras esperanzas de llegar á tener ornamentos que la ilustren, en quienes apenas pueden conservar la memoria de sus honrados padres, cuyo virtuoso exemplo ya no tienen á la vista? La consternada madre gime, suspira, estrecha entre los brazos á sus tiernos hijos, baña su rostro con abundantes lágrimas, protesta que daría mil vidas por conservar la de su fiel esposo, por que seria mas útil á aquellos desgraciados huérfanos: recuerda la proteccion que dispensó la fortuna á su familia, haciendo fructuosas las dilatadas tareas y los incesantes afanes del que pocas horas antes habia sido liberal conservador de su existencia; nada encuentra de sus bienes, todo le falta, y solo se mira dueña de las ropas que la cubren, en que quizá conserva por última prenda del fiel amor á su ma-

rido, la sangre que circulaba en sus venas, y brotó al impulso de una mortal herida.

En tan triste estado se determina esta aflijida madre á implorar la piedad de los que espera puedan ministrarle algun socorro: se resuelve á mendigar de puerta en puerta el alimento de sus hijos, á todo sacrificio honesto se halla dispuesta por adquirirlo, pero al poner en execucion sus designios no halla otra cosa que nuevos motivos de acrecentar su acogojada situacion: penetra á las habitaciones de sus vecinos y conciudadanos, y solo halla en cada una otro teatro, en todo semejante al de su tragedia: no se presentan á su vista otros objetos que huérfanos desamparados, tiernas doncellas, que por falta de quien las sostenga han abandonado los colegios y casas de enseñanza en que cultivaban la virtud, y aseguraban su virginidad; ancianos respetables y enfermos habituales que han desamparado su lecho huyendo de la muerte¹ y solicitando el sustento que antes recibian de manos bienhechoras: no oye otra cosa que clamores, ayes y suspiros, por la falta del esposo, del padre, del hermano, del deudo, del amigo, del protector, del benefactor; todo aumenta su pena, y no halla el menor lenitivo á su afliccion ¿á quien volverá sus llorosos ojos implorando algun consuelo?

A tí, purísima Virgen Maria, que en tu sagrada imágen de Guadalupe estas jurada patrona de todo mi reyno, á tí que con entrañas de misericordia te dignaste venir á ofrecerte por Madre en el cerro de Tepeyacac, de quantos implorasen tu amparo: ya lo solitan todos mis hijos y habitantes, cada uno de sus necesidades, por medio del solemne novenario que se acaba de celebrar en la santa iglesia Metropolitana, determinado por la fervorosa devocion del primer gefe de mis dominios, cuyo tierno corazon tiene publicado el dolor que le consterna, por las actuales comunes calamidades y ha dado reiteradas pruebas de la violencia con que se ve precisado á decretar el severo castigo de los malvados que en la mas obs-

1 En Ixmiquilpan la experimentaron dentro de sus propias casas, viejos, mugeres y niños hasta de pecho, pereciendo el número de 41 á manos de los insurgentes. *Gazeta de México número 108 de 10 de septiembre.*

tinada obcecacion han despreciado los repetidos indultos con que les ha convidado al perdon.

Ahora es tiempo de implorarlo de nuevo, amados hijos míos, ya la dolorosa experiencia de un año os debe haber desengañado de que no puede ser principio de felicidad lo que comienza trastornando el órden de la sociedad, atentando contra las autoridades y dignidades constituidas, contra los bienes y las vidas de vuestros semejantes y en una palabra, contra todos los principios de una sana moral y una buena política.

Ea pues, americanos y cualesquiera otra clase de habitantes de mi fértil suelo, que os ha seducido una engañosa ilusion: arrojad las armas de vuestras manos, romped esos viles instrumentos que horrorizan á la naturaleza: detestad las falsas ideas que la preocupacion os pintaba halagüeñas, y presentaos ante la respetable persona de vuestro Exmo. Sr. virey y demas respectivos magistrados del reyno: publicad vuestro arrepentimiento; protestad la enmienda; implorad el perdon y confiad en que el Iris de paz, la protectora de mis confines Maria Santísima de Guadalupe, alcance de su sacratísimo hijo inspire al gefe superior os lo conceda, y restituidos á vuestros hogares, al seno de vuestras familias, trabajad con empeñoso anhelo para restaurar la tranquilidad, el sosiego y las felicidades de que el cielo ha colmado la vasta extension de mis dominios.— México septiembre 20 de 1811.

DESENGAÑO DE FALSAS IMPOSTURAS.

Porque no se extrañe el estilo de este papel, no observado hasta aquí, en los de esta clase, se advierte que se escribió con el objeto de encomendarlo al editor del diario, para que juzgándolo digno, lo diera al público; pero habiéndose extendido mas de lo que se esperaba, algunas personas interesadas en la pública tranquilidad, como fieles vasallos de nuestro augusto Soberano, considerando que el diario no podria darlo en un solo dia, y que seria mejor se imprimiese por separado, convino su au-

tor en ello, convencido de que acaso así seria mas útil al logro del fin que se ha propuesto, y para dar un público testimonio de la veneracion, gratitud y afecto, que sinceramente profesa á su madre Patria, dedica este parto de su corto ingenio, á todos los europeos habitantes de esta N. E:

Señor Impresor.

Muy señor mio: Entre tantos como importunan la atencion de Vm. para que dé al público sus pensamientos, espero le dé lugar al de un pobre forastero que desea vivamente desimpresionar á sus paisanos de las ideas que les ha hecho concebir el fanatismo de la insurreccion: si por medio de Vm. logro el fin de mi proyecto, despues de besar humildemente los pies de Jesucristo y de darle las mas reverentes gracias por el beneficio que me concede, le quedaré á Vm. perfectamente reconocido, y si no consigo el fruto de mi pretension, me conformaré con haber practicado lo que me ha dictado la caridad; pero para esto no espere Vm. un discurso eloquente, adornado de aquellas frases retóricas que hacen brillar los ingenios, porque este papel no se dirige á los sábios, cuyos errores, quando los tenga, no son hijos de la ignorancia, sino á la gente sencilla que facilmente se dexa alucinar; pues aunque esta jamás compra los diarios, espero que los suscritores y demas interesados no dexarán de repartirlos entre la plebe, para que logren un completo desengaño.

Yo, señor mio, soy un pobre criollo hijo de la tierradentro, y tal qual aunque indigno, soy sacerdote, y por tanto acreedor á que se me dé algun asenso. Vivía en un pueblo corto disfrutando de la mayor satisfaccion, no solo por la tranquilidad y sosiego que gozábamos, sino tambien por la docilidad de sus habitantes, pues habiendo tenido yo la felicidad de no haber sido en esta triste época de aquellos eclesiásticos que lejos de apacentar el rebaño de Jesucristo lo han devorado sangrientos, apliqué mis cortos talentos y ardiente zelo en exhortarlos á mantener con fidelidad y honor, y tuve la complacencia de ver que quedaron tan convenci-

dos de la verdad, que despues de detestar las falsedades y engaños del abominable cura Hidalgo, se propusieron denunciar y aprisionar, como lo hicieron, á los pérfidos emisarios que fueran á seducirlos.

En este estado me hallaba gustoso, quando los iniquos rebeldes fueron inundando aquellos territorios de mi residencia, y considerándome yo objeto de sus iras por lo mucho que habia trabajado contra su inhumano proyecto, temí justamente ser víctima de su perfidia, y por tanto me resolví á huir de su detestable presencia y venirme á esta capital, donde esperaba hallar la seguridad de mi persona; pero qual fué mi sorpresa quando en una ciudad tan leal como ésta, encontré muchísimos insurgentes de corazon, que no pudiendo seducir claramente por temor de las penas eclesiásticas y civiles, lo hacian con disimulo, suponiendo falsedades, ya contra los europeos, y ya á favor de los insurgentes! haciendome conocer con esto el poco ó ningun trato que tenian con aquellos, y la falta de conocimiento del proceder de éstos, siendo lo mas sensible que este modo de discurrir lo advertia (cosa increíble) entre mis mismos compañeros.

Unos me decian, (me explicaré con sus propios términos): los gachupines miran ya con el mayor desprecio á los sacerdotes criollos, hablan muy mal de ellos y los censuran. Otros me aseguraban, que los gachupines pretendian asesinar á todos los criollos, ó por lo ménos esclavizarlos para siempre. Otros pronosticaban, que si las tropas del Rey vencian, ya no debian esperar los criollos colocaciones ni empleos, y despues hablando de los insurgentes, afirmaban que estos eran unos hombres religiosos: que su proyecto, aunque los europeos lo querian hacer punto de religion, debia considerarse puramente político: que no venian haciendo daño alguno á la Patria, y sí favoreciendo á los patricios, y otras cosas á este modo tan despreciables y sediciosas, que si no hubieran pasado por mí mismo, no las hubiera creído.

Yo que jamás he podido ver este asunto con indiferencia, porque me tocan en lo mas vivo de mi gratitud y amor, y que conocia su ilusion, les rebatia con tal empeño sus quimeras,

que cuando no conseguia desengañarlos, los hacia por lo ménos callar; como yo logre ahora, aunque sea esto último, me conformaré.

Para ver si lo consigo, digo primeramente, que es una impostura criminal, infame y digna del mayor castigo, decir que los europeos miran con desprecio á los sacerdotes criollos; que hablan muy mal de ellos y los censuran; yo lo soy, y protexto delante de Dios y de los hombres, que nunca he tenido mas amigos y conocidos europeos que en esta triste época: mis antiguos conocimientos, léjos de resfriarse por estas revoluciones en su amistad, me la han confirmado mas con demostraciones tan finas, y acciones tan heroycas, que no he podido ménos que admirar la bondad de sus corazones: es verdad, que jamás me han oído otras expresiones que aquellas que puede proferir un hombre cristiano, leal y honrado; pero ¡quantos teniendo el corazon corrompido, han guardado la máxima de explicarse del mismo modo! Los que no me conocen, sin embargo de que no llevo escrito en la frente mi corazon, me han visto con el mismo respeto y atencion que ántes; y si no fuera porque no se crea que llevo algunas miras ó fines particulares, ya diria, que mas bien he experimentado desatencion en otros, que en los europeos.

Lo que estos dicen sobre el particular es, que si no hubiera habido sacerdotes fomentadores de la insurreccion, ésta no se hubiera propagado tanto, ni hubiera durado el tiempo que hemos visto, y es una verdad está tan constante, que nadie la podrá negar, y yo con sumo dolor de mi corazon me veo precisado á confesar, porque en los eclesiásticos (hablo de los malos), se han observado tres géneros de conducta: unos han andado con la lanza en las manos, convoyando exércitos de bandidos é infelices idiotas que iniquamente han seducido, como Hidalgo, Morelos, Mercado, Garcilita y demas: otros que no han tenido valor para andar en las campañas y tomar las armas, se han valido de la opinion que con el vulgo tiene el carácter sacerdotal, para apoyar y fomentar la insurreccion en las conversaciones públicas y privadas, en los púlpitos y aun ¡qué horror! en el santo tribunal de la Penitencia: otros, y es-

tos son muchísimos, se han manejado con la mas fria y mortal indiferencia, y tan criminales son éstos, como los primeros y los segundos, porque aunque la insurreccion fuera, que no lo es, como diré despues, punto político puramente, bastaba la consideracion de los gravísimos daños que habian de ser consequentes á la revolucion, para que todos los sacerdotes hubieran esforzado nuestro zelo y autoridad para desengañar á los fieles, y exponerles los peligros á que se conducian, y los males aun temporales en que iban á envolverse, con respecto á que somos, segun el Evangelio, luz del mundo y sal de la tierra, y por tanto considero reos de gravísima culpa en la presencia de Dios á estos mudos, que algun dia su silencio los obligará á decir: *ve mihi quia taciui*, infeliz de mí, porque callé.

Pretenden estos infelices disculparse, con que no quieren comprometerse con los insurgentes, con quienes se exponen, si hablan contra la insurreccion. Buena excusa es esta por cierto, quieren disculparse con la misma culpa. ¡Qué bellos doctores y maestros de la ley evangelica! ¡qué bien quedáramos, si por no desagradar á los pecadores no predicáramos contra los vicios! Los que así se expresan, no merecen ni nombrarse ministros del Señor; pero valga la verdad, yo me persuado el que no declamar contra la insurreccion, no es por cobardía, como aparenta, sino por afecto á la revolucion, porque si el temor los retrae, ¿como no temen al superior Gobierno, que les ha de hacer cargo por su indiferencia y taciturnidad? ¿Como no temen á Dios, ante quien se han hecho responsables de tanta sangre vertida por su desleal omision? Consulten con su conciencia y no con su corazon, y verán como ésta les grita, y les reprehende su conducta.

Digo que no consulten con su corazon, porque éste al oír el *tolle tolle, crucifixe crucifixe* contra la inocencia de nuestros padres, se llena de gozo y dice, la sangre que se derrame venga sobre nosotros, y sin remedio irá contra ellos, porque su silencio ha hecho por lo ménos vacilar á los pueblos: véanse los lugares donde los ministros de la paz han procurado conservar la con su exemplo y exhortaciones, y los

hallarán gozando de tranquilidad; aunque los insurgentes hayan entrado en ellos¹: y á vista de esto ¿no quieren que se quexen los pobres perseguidos? No puede darse mayor injusticia, asesinarlos, robarlos, ultrajarlos, y quieren que sean insensibles; que los eclesiásticos, olvidados de su ministerio y obligaciones, sean los primeros en ofenderlos, y no solo no querer que se diga esto, sino fingirles quimeras y suponerles un odio que no conocen. ¡Oh necedad!

Pero no es ménos necia la calumnia con que los infama, diciendo: que los europeos quieren asesinar, ó por lo ménos esclavitar para siempre á los criollos: para dar asenso á estas voces, es necesario no tener ni luz de razon; ¿qué fundamento podian tener ó qué motivo podiamos haberles dado para una empresa como esta? Las pruebas que los europeos han dado siempre á los criollos, son de un verdadero amor ¡ojalá y los criollos los amaran como ellos amaran á los criollos, que yo aseguro que ni aun se hubiera soñado la insurreccion! bastante se ha demostrado esto en tantos indultos como se han prodigado por todas partes. En tantas victorias como han conseguido las tropas del Rey ¿no han tenido en sus manos los europeos la venganza? ¿no podian haber degollado á innumerables miles de insurgentes que se han presentado á implorar la gracia del perdon ó por lo menos esclavitarlos? ¿y qué han hecho? Concederles con la mas inaudita bondad, y despues de tantas iniquidades, robos y asesinatos el indulto que pedian.

Es verdad, que algunos europeos se explican con dureza; pero es necesario ponernos de su parte y disculparlos, porque ¿como queremos que se explique mansamente un pobre hombre, que pocos dias hace disfrutaba algunas proporciones, al lado tal vez de su cara esposa y tiernos hijos, y que por el maldito sistema de Hidalgo, en un momento se vé pidiendo limos-

¹ Bien califican esta verdad las parroquias de Silao y de Leon, donde sus sábios y zelosos curas Bustillos, Beltranilla y Besanilla, en medio del mas ardiente fuego, supieron con viveza y actividad, librar á sus pueblos del contagio de la insurreccion, por lo que en el día se hallan disfrutando las dulzuras de un sosiego inalterable, y de este mismo modo otros muchos que conozco.

na y separado de su familia, cuya suerte acaso ignora? ¿Como queremos que hable otro que ha tenido el dolor de saber que han quitado la vida á un hermano, á un pariente y á un amigo, sin tener mas delito que ser europeo, y que estas iniquidades las hayan consumado unos hombres á quienes habrán favorecido y visto como á hijos? ¿Qué dixeran los criollos si se hubiera volteado la suerte, y contra ellos se hubiera levantado el grito? Si solo porque los europeos explican sus sentimientos, son censurados y calumniados, ¿qué fuera por la inversa? ¿Y por ventura, solo nosotros tenemos derecho para lamentarnos? ¡bravo rigor y tiranía!

A mas de que todas mis amistades son con los europeos, y jamás les he oído expresion alguna injuriosa á lo general de nuestra nacion, su trato y su favor para conmigo y su actual estado de persecucion, me roban toda la atencion y cariño: y quando por estas circunstancias en algunas concurrencias, arrebataado del dolor, profiero algunas palabras contra mi país, me van siempre á la mano: ¿y como podré yo ni otro alguno que tenga uso de razon creer las infames persuasiones de los pérfidos seductores, que no contentos con suponerles falsedades, se meten hasta pronósticos, pretendiendo leer las disposiciones de sus corazones, en el caso de que triunfen las armas de nuestro amado Soberano.

Ciertamente, que para producirse de este modo, es necesario tener uno las entrañas muy corrompidas. Dime, infeliz emisario de los insurgentes, ¿de qué presumes sacar una consecuencia tan abominable? ¿qué fundamento tienes para esperar accion tan vil de unos hombres á quienes debes el ser que tienes? ¿Piensas por ventura que están poseidos de un corazon tan ingrato como el tuyo, que sin distincion de personas abrazas en tu delirio á una nacion la mas honrada de quantas habitan el universo? Pórtate con conducta, y tú lograrás las colocaciones que te grangen tus méritos; y para que veas la nobleza de su proceder y te espantes de tus errados juicios, voy á referirte lo que no ha mucho hace presencié yo mismo. Hallábase en un café, donde habia la concurrencia de mas de veinte europeos, que trataban sobre

los asuntos del día, y habiendo expresado todos en favor de los soldados que habían batido con los insurgentes, dixerón á una voz, que no había con que premiar á unos hombres que también habían desempeñado la confianza de la Patria. A esta sazón entró otro europeo, y al oír estas expresiones, dixo: que los triunfos no se habían debido á los soldados, sino á los gefes que eran europeos; pero apenas acabó de decir la última palabra, quando uniformemente todos descargaron sobre él tales injurias, que me temí llegaran á las manos, y por esto muchas veces emprendí levantarme de mi asiento para meter paz, de cuyo trabajo me excusó la prudencia del reprehendido, que cubierto de vergüenza se fué largando, y habiéndose quedado los demás, hablaron con tal cordura, que viniéndose á la memoria los daños y la persecución que habían sufrido, no pude ménos que enternecerme al ver la nobleza de sus sentimientos: ¿y estos son los que han de procurar impedir mas colocaciones? Es una vergüenza ver, que quando unos pobrecitos de baxa esfera, exponen gustosos sus vidas en defensa de la Religión, del Rey y de la Patria, otrospreciados de nobles, y que hacen alarde de la ilustre sangre de sus progenitores, estén sembrando tan cruel zizaña, que resulta inmediata y directamente contra la religión que profesamos, por mas que digan que los insurgentes son hombres religiosos, lo que es falsísimo, como verás.

Yo quisiera saber, qué idea ó qué concepto se han formado de nuestra sagrada Religión, los que tienen valor para asegurar que son religiosos unos hombres que han cometido las mas bárbaras é inhumanas crueldades, unos hombres que quando han asesinado á los europeos y honrados criollos, les han negado (aunque se les hacían las mas tiernas súplicas) es socorro espiritual del sacramento de la Penitencia; unos hombres que han violado el fuero eclesiástico, obligando á los párrocos en los lugares á que repiquen en su ingreso á las parroquias, y les espongan la magestad del Santísimo Señor Sacramentado; unos hombres que han profanado los santuarios, volviéndolos casas de tráfico, como en Huichapam, que al tiempo mismo de estarse celebrando los divinos oficios, se

estaban vendiendo bebidas prohibidas; unos hombres que sin autoridad, pusieron infinitas ocasiones sus violentas manos en los sacerdotes, aprisionándolos, golpeándolos y amenazándolos con la muerte; unos hombres que en Xocotitlan apedrearon al cura y le apuntaron con las escopetas, al tiempo mismo que tenía en sus manos el Sacramento; unos hombres que en el Cardonal, estando patente el mismo divinísimo Señor Sacramentado, y dentro de la misma Iglesia, cometieron los mas sangrientos homicidios; unos hombres tan desnudos del temor santo de Dios, que al aspirar, por mas que se les ha exhortado á que pidan los Sacramentos y se arrepientan de sus culpas, no lo han querido hacer; unos hombres finalmente, que han atropellado con las censuras del santo tribunal de la Fe, y de los ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos. Si con todos estos crímenes se han grangeado los insurgentes el renombre de religiosos, los Calvinos y los Luteranos merecerán el de santos.

Ya veo que los juzgan así porque los ven invocar el dulcísimo nombre de Maria Santísima de *Guadalupe*, que hacen rezar novenas á los Santos, que pagan misas de rogación para alcanzar el triunfo de sus iniquidades: que mandan celebrar solemnes sacrificios en acción de gracias por haber consumado alguna maldad; pero no consideran que nada prueba mas su irreligiosidad que esto, porque así quieren que Dios, que su Santísima Madre y que los santos autorizen sus maldades: ¡que horriblos sacrilegios! semejantes á los que en mi mocedad vi cometer á dos jóvenes, uno que al querer conseguir una mozueta para fines inhonestos, viendo que ella se le resistía, le suplicaba por Maria Santísima de los Dolores que lo complaciera, y luego que ni aun así pudo lograr satisfacer su apetito, concluyó encargándole la conciencia y haciéndola responsable delante de Dios de todos los malos pensamientos que tuviera por no haberle dado gusto: otro, que cada tres días ó quatro se llegaba á comulgar, estaba prostituido con una moza con quien dormía todas las noches, y de la cama se levantaba para ir á la mesa del Altar, reconvenido este por una persona timorata, respondió, que era tanta su de-

voción al Santísimo Sacramento, que quando pasaban ocho días sin comulgar no podía vivir. Así es el cristiano porte de los insurgentes religiosos.

Y ¿qué dirémos de los que dicen, que la insurrección es un punto puramente político y que los europeos lo han querido hacer de religión? Esta es una materia digna de que se tratara por los mas sabios de esta corte, por que con esta diabólica máxima han seducido y seducen cada día á los pobres ignorantes, y de ella se valen muchos eclesiásticos para dispensarse de la obligación que tienen de predicar sobre el particular, y para desentenderse de desengañar al pueblo. La insurrección, ya se considere en sus principios, ya en sus medios y ya en sus fines, es diametralmente opuesta á las santas máximas de nuestra sagrada religión. Léanse las proclamas del cura Hidalgo; véanse los títulos que se han dado por los corifeos de la revolución á los comandantes, subdelegados y demás gefes insurgentes, y se verá que vienen clara y distintamente aboliendo el amor del próximo, y negando el quinto y séptimo precepto del Decálogo. Dicen que el odio á los europeos es acepto á los ojos de Dios. Publican que el quitarles la vida y robarlos es lícito; valense para hacerlo creer de los sacrilegos é hipócritas medios de que ya he hablado, como son pagar misas y ejercer otros actos de religión, siendo el funesto resultado de todo esto lo que con asombro ha visto todo este reyno, lo que con dolor ha llorado la cristiandad, y lo que con escarnio han visto las naciones extranjeras. Los príncipes de la Iglesia, las firmes columnas de nuestra santa religión, los Ilmos. Señores Obispos andan huyendo de sus diócesis, los Canónigos de sus coros, los Curas de sus parroquias, los Religiosos de sus conventos: los tesoros de la Iglesia han sido saqueados, robados los templos, profanados los santuarios, violadas las clausuras de los monasterios de las vírgenes consagradas á Dios, y perseguidos hasta darles violenta muerte á los sacerdotes; en la cathedra del Espíritu Santo y en el tribunal de la Penitencia se han enseñado y aconsejado el odio, la venganza y la enemistad; se ha negado la obediencia jurada

á nuestro suspirado Monarca el Señor D. FERNANDO VII. quebrantando en esto el precepto expreso y formal de Jesucristo, que mandándonos dar al César lo que es del César le debemos por derecho divino ser fieles y obedientes: se han atropellado y escarnecido las censuras del respetabilísimo tribunal del santo Oficio, haciendo irrisión de sus venerables edictos, y lo mismo de los que zelosamente han promulgado los sabios eclesiásticos preladados, llegando á dudar de su justicia y autoridad solo porque son europeos; se ha faltado por último á la debida subordinación y respeto á todos los magistrados y tribunales, tanto seculares como eclesiásticos, en quienes está depositada la autoridad de Dios y del Rey, hasta llegar á conspirar contra la preciosa vida del gefe mas amado de estos dominios; y este cúmulo de excesos, impiedades y sacrilegios ¿es posible que se ha de considerar como punto puramente político y no interesante á la religión santa que profesamos? ¡qué sospechosos considero en la fe á los que así discurren? ¡Oh reyno de N. E.! ¿cómo abrigas en tu seno unos monstruos que pretenden tu ruina eterna, no contentos con haberte causado la temporal de que te estás lamentando?

En efecto, por mas que digan que los insurgentes no vienen haciendo daño á la patria, y sí favoreciendo á los patrios, es una falsedad: no se puede tender la vista por esos infelices países insurgentados, sin que dexen uno de sumergirse en un inmenso piélago de amarguras: ¡quién pudiera llevar como por la mano á los apasionados de la insurrección, y pasearlos por todos aquellos pueblos! viéramos entonces si tenían valor para ratificar su expresión. Yo aseguro que no solo se desengañarian, sino que se llenarian de horror y de confusión al ver unos pueblos antes deliciosos y poblados, ahora funestos y asolados: antes gratos á la humana sociedad, ahora terribles y espantosos aun á sus mismos habitantes: antes quietos y seguros, ahora alborotados y peligrosos; y si luego fuéramos visitando una por una las casas ¡qué dixeran al oír los justos lamentos de los que las habitan! unos lloran la muerte de sus padres, de sus hijos, de sus maridos, de sus